

PEPE VIYUELA



Humanidad sin fronteras

TEXTO: Eloy Madorrán Castresana

FOTOGRAFÍAS: Pedro Walter

Pepe Viyuela (Logroño, 1963) pasa por la vida de puntillas, sin querer hacer ruido, sin molestar. Una forma de ser coherente con el respeto que tiene por el prójimo. De verbo fluido, profundo en sus reflexiones, el amor por la palabra y por el teatro son las señas de identidad de este logroñés que rezuma humanidad por todos sus poros. Viyuela estuvo en Logroño para participar en la conferencia “Pepe Viyuela, escritor, poeta y actor riojano”, organizada por el Instituto de Estudios Riojanos dentro de las celebraciones por su LXX aniversario.

—**Pepe Viyuela. Poeta, escritor y actor riojano. Así se titula la charla que ofrece en el Ateneo. ¿Le gusta que vaya por delante lo de poeta, quizá su faceta menos conocida?**

—Normalmente no me tratan de primeras como poeta. Es algo que hago de manera tangencial, accesoria, no me dedico a ello. Le tengo mucho respeto a los poetas y no me considero un poeta. Me considero un aficionado a la poesía: me gusta escribir y lo hago. Pero para ser considerado poeta hay que tener una dedicación, escribir, tener conocimientos, talento... En este caso me ayuda porque me da pie a explicar por qué me gusta tanto la poesía, y la literatura en general. Viene al hilo de mi relación un poco espiritual con La Rioja.

—**Le tiene respeto a la poesía, pero lo cierto es que ha publicado libros y ha ganado un premio internacional.**

—La palabra hobby tampoco es exacta. Es una especie de vocación de segundo plano a la que no le dedico todo el tiempo que me gustaría. Pero tengo otra vocación superior que me gusta más y es la de las tablas, la de los escenarios.

—**Actor, poeta, payaso, humorista, licenciado en filosofía y arte dramático. ¿Esto se puede conseguir solo siendo Géminis? ¿Cómo tiene tiempo para todo?**

—Bueno, lo que hago fundamentalmente es teatro y dedicarme a ser actor. Ser payaso va parejo, no tiene mérito. Es una faceta más de la interpretación, quizá la que más me gusta.

“ Tanto el teatro como la poesía me parecen juegos y jugar es lo que más me gusta ”

Sí que se aleja un poco de esto el tema de la escritura pero es que tampoco le dedico tanto tiempo. Quiero decir que no son tantas cosas. Porque si no, puestos a decir, podríamos añadir tío, padre, pareja... (risas). Fundamentalmente soy actor, y payaso me gusta mucho que se me considere. La de poeta me gusta pero tengo que reconocer que si no saliera en la tele y la gente no me conociera, probablemente las editoriales no me hubieran publicado mis poemas. ¡Hay tanta gente que escribe bien y no llega a ver publicados sus textos! Soy consciente de que he tenido suerte.

—Le he leído decir que el teatro y la poesía enganchan. ¿Se considera un yonqui de los escenarios, las narices rojas y los folios en blanco?

—Sí, sí claro. Lo echo mucho de menos. Cuando no puedo hacer teatro porque estoy metido en otros proyectos, como la televisión, lo echo mucho de menos. Necesito enseguida volver a los escenarios, poner fecha y actuar, si no es en un teatro pues en un bar o en cualquier lugar. Incluso en la propia calle aunque ahora mismo con el tema de la popularidad sería más complicado. No sé si es una necesidad vital pero desde luego a mí me viene muy bien, me hace sentirme bien, a tener autoestima. Y la poesía de algún modo también es lo mismo. Es un vehículo, un instrumento que utilizo como terapia para encontrar cosas, para indagar en mí mismo, para llegar a los otros. Y por otra parte es muy divertido. Tanto el teatro como la poesía me parecen juegos y jugar es lo que más me gusta.



—¿Cómo se asomó a la poesía? ¿Cómo llegó esa inquietud? ¿Se dio cuenta de que tenía algo dentro que necesitaba sacar al exterior?

—Yo creo que lo sentimos todos, desde que nacemos. Lo que pasa es que cuando llega el momento en el que quieres comunicarlo es cuando te pones a escribir. Por ejemplo las primeras cartas a las chicas que te gustan, en las que aspiras a ligar a través de los textos porque la palabra no te da. Y luego caes en lecturas que te impregnan, te dan ideas, te iluminan y vas conociendo gente. Yo tuve la suerte de conocer a una persona que ahora es mi amigo, que se llama Manolo Romero, que es un poeta magnífico, que me corregía cosas. Hacíamos tertulias de poesía: yo le llevaba mis poemas y él me ayudaba a corregirlos, a mejorarlos, o a desecharlos (risas). Y él fue el que me contagió del gusto por la poesía.

—Sus gustos literarios son muy eclécticos...

—Sí, bastante. Me gusta la poesía, la novela. Y dentro de la novela me gusta la histórica y otros géneros. Me gusta muchísimo el ensayo. También me gusta mucho leer teatro, evidentemente. Sí, soy bastante ecléctico. Y luego tengo libros que son acompañantes fieles y a los que me cuesta mucho abandonar. Por ejemplo, *El Quijote* me gusta leerlo y volver a empezar. Puedo tirarme un año con la lectura de *El Quijote*. Es ese regusto de volver a pasar por los mismos sitios... Antonio Machado, su poesía completa, me parece que es un pozo sin fondo en el que merece la pena sumergirse.

—Ha escrito usted: “Pasar en silencio no es callar sino tomar distancia para ver”. ¿Es su filosofía de vida?

—Es que la poesía y la filosofía están muy unidas. En su origen, sobre todo en occidente, la poesía como ritual, el teatro y la filosofía...

nacen de la necesidad del ser humano de responderse de distintas maneras a las preguntas que siempre están ahí. Esas respuestas se aventuran a través de los cantos, de la poesía, de los rituales... Y sin duda de la filosofía y el teatro. Y seguimos haciéndonos las mismas preguntas que nuestros antecesores y cometiendo los mismos errores. Y seguimos intentando aprender de aquellos grandes hombres que dejaron escritos, porque la palabra es una herramienta fundamental para que a lo largo de la historia hayamos aprendido.

—“Se quedó dormido de forma inesperada, un sueño repentino que cogió por sorpresa a los jilgueros y les hizo entonar melodías perdidas”. ¿La luz de la memoria fue el libro que más le costó escribir para relatar la muerte de su padre?

—No, fue bastante fácil en la medida que venía casi como un torrente. Lo que había que darle era forma pero las sensaciones de la moribundez y ver morir a tu padre son muy poderosas. Había que tener ganas de ponerse. Y esas ganas llegaron a través de una promesa. Yo le prometí a mi padre que ese libro iba a estar ahí, y iba a recoger todas las conversaciones y los momentos que habíamos tenido juntos en los últimos momentos de su enfermedad. Incluso fue reconfortante escribirlo, fue terapéutico porque se quedó ahí pegado todo el dolor y creo que de una manera mínimamente bella. Fue una trasmutación de una experiencia dolorosa y que me parece bonito que lo puedan leer los nietos. Creo que es un buen regalo para mi padre, para mí mismo y para mi familia.

—¿Sus diferentes actividades le ayudan a retroalimentarse? Me explico. ¿Arrancar sonrisas a niños sin hogar le despierta sentimientos que usted luego incorpora a su poesía o sus interpretaciones?

—Sí, claro. Inevitablemente. Los actores vivimos de coleccionar momentos, personales



“ Mi relación con Logroño, más que física porque no vivo aquí desde hace muchos años, es espiritual, de contacto permanente porque mi raíz está aquí ”

o ajenos. Por ejemplo, en la escuela de arte nos decían que fuéramos mucho al Museo del Prado porque íbamos a ver imágenes de otro tiempo. No sólo por los vestuarios y las atmósferas, también por los cuerpos. Y luego la vida que es la mayor fuente de material para utilizar luego. Viajar a diferentes lugares, ya sea un sitio turístico o a una guerra. Todo eso te proporciona un material con el que luego vas a poder trabajar.

—Dejamos el mundo de la poesía y vamos a hablar de su faceta de actor. ¿Para los cómicos es más sencillo conmovier al público cuando interpretan un drama?

—No por el hecho de haber hecho antes comedia te resulta más fácil llegar a la gente con un drama. Creo que uno va eligiendo o te van dirigiendo los tiempos o las personas. Yo he

hecho mucho más comedia, pero la tragedia me gusta. ¡No porque me guste pasarlo mal! Si no porque a un actor le gusta hacer cosas diferentes.

—¿La vocación de actor llegó muy pronto o tardó?

—Empezó por casualidad. Empecé a hacer teatro en el instituto porque quería estar con gente y comunicarme. Luego descubres que además de comunicarte mejor con los compañeros de reparto, ves que el público te permite comunicarte con ellos a través de una máscara o de otras cosas. Fue una experiencia muy bonita. Entonces para nada tenía pensado ser actor aunque sí creía que era una bonita manera de ganarme la vida. Luego seguí actuando y llegó un momento en el que me planteé hacer teatro siempre aunque mi actividad profesional

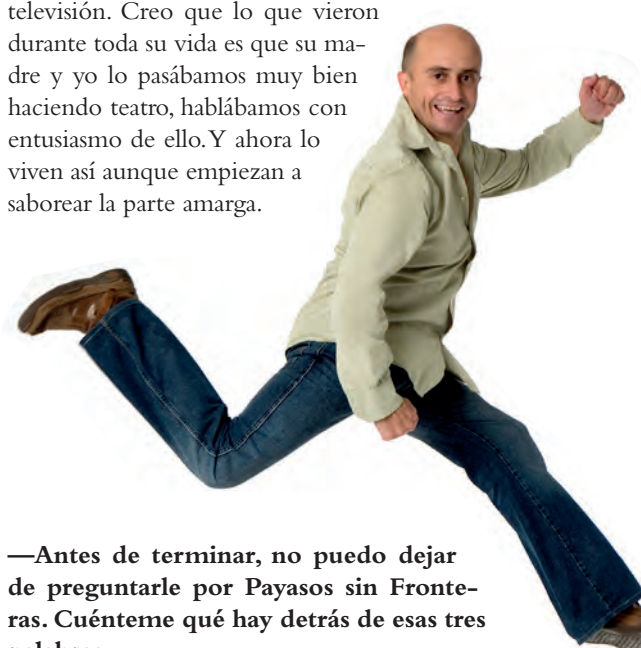
fuera otra. Y así fue durante un tiempo. Hay algo agradablemente venenoso en el teatro que cuando lo pruebas te enganchas y necesitas volver a ensayar, el placer de leer textos, de buscar registros para los personajes. Recuerdo que lo pasé muy bien con una obra de Albert Camus, Calígula, leyendo el texto en voz alta en casa cuando era chaval. ¿Igual era un poco “frikí” yo? Me parecía un juego precioso. Y si ya te reúnes con gente que comparte tu misma locura, el placer es muy grande.

—Hablemos de la televisión. Da rabia estar año tras año currándoselo en los escenarios y de repente, con una serie de televisión, poder meterte en los hogares de millones de personas.

—Sabes lo que es. Puedes estar toda la vida haciendo teatro y no te van a conocer más que aquellos que van al teatro. Que eso está muy bien. La televisión vulgariza, sin que esto sea un término peyorativo. Acerca a la gente, la populariza. Lo que ocurre es que algunas veces hasta un punto que es excesivo y no te gusta. Yo recuerdo cuando era pequeño y se hacía teatro en televisión, era una forma de popularizar el teatro entre la gente que de otra manera igual no lo conocía. Y acercaba autores muy buenos al público. Y podía despertar las ganas de ir al teatro en algunas personas. Otra cosa es el asunto de la fama y la popularidad. A veces puede resultar un poco incómodo, te resta privacidad y hace que tu intimidad parezca terreno público. Pero si sabes poner coto yo creo que la gente es bastante respetuosa, incluso los medios. Yo no he tenido intromisiones en mi vida privada porque desde el principio tenía claro dónde no se podía entrar. Si sabes administrar eso se te respeta.

—He leído que sus dos hijos, Samuel y Camila, también se dedican a la interpretación. ¿No habrá sido el clásico padre plasta que le mete presión a sus hijos para que sigan su camino?

—¡Qué va! (risas). Camila lo tenía muy claro, sin embargo Samuel hasta muy tarde no se decantó. Pero un buen día dijo: “quiero estudiar”. Y ni su madre —que también es actriz— ni yo le pusimos ninguna pega. Intentamos ser neutrales, ni inducir ni que lo viera como algo prohibido. Lo que pasa es que ellos han estado desde pequeños en los teatros, venían a las giras, a Mérida, a Almagro, en los platós de televisión. Creo que lo que vieron durante toda su vida es que su madre y yo lo pasábamos muy bien haciendo teatro, hablábamos con entusiasmo de ello. Y ahora lo viven así aunque empiezan a saborear la parte amarga.



—Antes de terminar, no puedo dejar de preguntarle por Payasos sin Fronteras. Cuénteme qué hay detrás de esas tres palabras.

—Hay un proyecto que ya tiene unos años, fundado por un payaso catalán y que yo cuando oí hablar de él me llamó la atención. Al principio tenía mis dudas porque era el momento del auge de las “oenegés”, pero nunca había oído hablar de una de payasos. Me pareció llamativo pero no me lo acababa de creer. Me pasó como Santo Tomás, necesité probarlo. Y me apunté, fui a un viaje y allí me di cuenta de la capacidad que tenía el humor, la risa y la figura del payaso para intervenir en situaciones complicadas, de dolor, en guerras, en campos de refugiados. Y me pasó igual que con la poesía o el teatro, después de probar me gustó tanto que decidí quedarme.

—¿Se confirma que la risa en un lenguaje universal?

—Es una necesidad. Una necesidad vital. El sentido del humor nos ha traído hasta aquí. Creo que sin él la Humanidad ya se hubiera despellejado. Si no nos hemos exterminado unos a otros es por el humor, que propicia encuentro, cercanía, hace que seamos capaces de reírnos de nosotros mismos y aceptar nuestros límites. Y esto permite que el diálogo se haga más fluido. Es más fácil hablar con alguien que sonrío que con alguien con cara de perro. El humor es una herramienta social que no se ha explotado lo suficiente. Y en Payasos sin Fronteras es lo que hacemos, intentar llevar risas a lugares en conflicto, que es donde adquiere más valor. Cuando una persona que está pasando una situación así descubre que aún es capaz de reír, inmediatamente se desencadena un mecanismo en el cerebro que dice: “si en este momento soy capaz de reír es porque aún tengo fuerzas y hay esperanza al final de este lugar tan terrible en el que me encuentro”. Y teniendo en cuenta que nosotros nos dirigimos especialmente a los niños, pues hay mucho trabajo por delante. Los niños cuando ven a un payaso están viendo un adulto distinto. No ven un soldado, un adulto que reprime. Y eso abre ventanas y miras distintas.

—Por último, hableme de Logroño. ¿Cada cuánto viene? ¿Ejerce de riojano por el mundo?

—Mi relación con Logroño, más que física porque no vivo aquí desde hace muchos años, es espiritual, de contacto permanente porque mi raíz está aquí. Entonces toda la savia que me riega tiene que ver con Logroño. Ya se encargaron mi padre y mi madre (mi madre aún vive, mi padre no) de hablar de Logroño a diario en casa, de contar cómo era la vida en Logroño, cómo fue su infancia, cómo crecieron ... Entonces yo tengo un Logroño dentro de mí por herencia. Además tengo familia, porque mis abuelos han

vivido aquí hasta que fallecieron y están enterrados en el cementerio de Logroño y mi padre también. Mis vínculos con Logroño tienen mucho que ver con la memoria. Todos los veranos veníamos aquí dos meses, en Navidades también, fines de semana. Y luego Gonzalo de Berceo tiene que ver porque en los viajes aquí siempre me compraba libros y me llamaba muchísimo la atención que el primer poeta en castellano fuera de aquí. Y que las Glosas en aquel momento estuvieran aquí, ahora parece que ya no. Quizá tenga mucho que ver ese contacto con Gonzalo de Berceo a través de su poesía con mi decisión posterior de escribir y con mi gusto por la palabra que me ha llevado al teatro. Ahora cada vez que vengo a La Rioja disfruto con el vino, con la palabra, con el paisaje, con los monasterios, con todo el bagaje histórico y milenar que nace de esta tierra.

“ La risa es una necesidad, una necesidad vital. El sentido del humor nos ha traído hasta aquí. Creo que sin él la Humanidad ya se hubiera despellejado ”

—Un buen vino en compañía es sinónimo de palabras y palabras y palabras.

—Claro. Palabras que además iluminan. El vaso de bon vino de nuestro poeta Gonzalo de Berceo que ha dado la vuelta al mundo. Y que probablemente, La Rioja no es sólo vino, pero esta tierra destila vino y nos conocen por ello. Y no hay que despreciarlo, sino aprovecharlo para a la vez mostrar a todos los que no la conocen los grandes tesoros que guarda La Rioja.

Y así, con el regusto que deja una buena conversación, Viyuela regresa a sus escenarios, sus poesías y sus narices rojas.